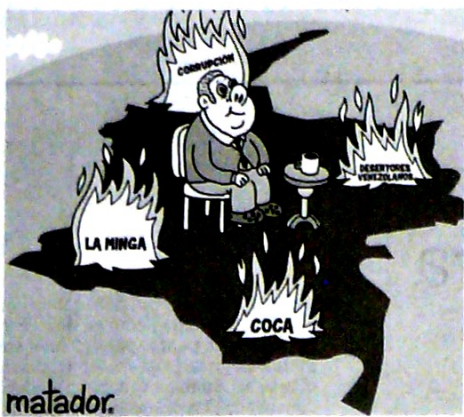


Opinión

EN CARICATURAS

Y el rancho ardiendo



No funcionó la receta



Protesta y contraprotesta



Contrasentidos

Imagínese una empresa que tiene dos unidades con contabilidades diferentes, cada una con sus propios procesos de presupuestación y ejecución. En la primera unidad, la empresa siempre da pérdidas porque los ingresos no alcanzan a cubrir los gastos. En la otra hay unos grandes excedentes, no solo porque los ingresos son altos sino porque la capacidad de ejecución es baja.

El problema es que cuando los bancos evalúan el negocio, solo miran el área deficitaria y le asignan una mala calificación a toda la empresa. La situación es tan preocupante que la asamblea de accionistas decidió, por estatutos, ponerles un tope decreciente en el tiempo a las pérdidas de dicha área.

Esto es un contrasentido, pues a las dos áreas fusionadas les iría mucho mejor.

El mayor problema es que la empresa se llama Estado colombiano.

La primera unidad es el Gobierno Nacional, cuyo déficit será este año cercano a \$27 billones, o 2,7 % del PIB. Existe un compromiso legal de reducir ese déficit a 1,4 % del PIB en 2022. Sin embargo, como no está claro de dónde surgirán ingresos adicionales o qué gastos se pueden recortar, las calificadoras tienen dudas de que esta meta se pueda cumplir.

De hecho, hay rumores que podrían bajar la calificación soberana de BBB a BBB- que, aunque todavía es grado de inversión, significaría tasas de interés más altas para toda la economía y además



Reforma de las regalías
Mauricio Cárdenas

un serio problema para el sector empresarial porque ese sí -por efecto dominó- perdería el grado de inversión. Lo que esto significa es que un importante grupo de inversionistas que hoy compran papeles de las empresas colombianas dejarían de hacerlo.

Este es un escenario que debe evitarse a toda costa.

La segunda unidad del Estado, que es de las regiones, se llama Sistema General de Regalías (SGR). Está nadando en recursos: tendrá disponibles entre 2019 y 2020 nada menos que 30 billones de pesos, para de ahí en adelante recibir un estimado de \$9 billones al año. Estas cifras contrastan con su capacidad de ejecución. En buenos proyectos, bien estructurados y de alto impacto regional, el sistema no logra invertir más de \$5 billones al año, que es lo que, en promedio, ha hecho desde que se creó.

En sana lógica, la unidad superravitaria debería asumir algunos programas que hoy están a cargo del área deficitaria. En concreto, el SGR debería pagar

ciertas inversiones que son eminentemente territoriales y hoy corren por cuenta del Gobierno Nacional. Un buen ejemplo es el llamado PAE o Plan de Alimentación Escolar, que tiene un costo anual de \$1,1 billones. Pero hay muchos más, como las universidades y la atención a la primera infancia, entre otros.

Muchos economistas no están de acuerdo en que las regalías, provenientes de recursos no renovables, se utilicen para cubrir gastos recurrentes. Estas preocupaciones son infundadas. Primero, porque en la distribución de las regalías se puede establecer que estos programas tengan un tope (digamos de \$3 billones al año) y sean los primeros en recibir recursos, lo cual asegura que siempre tendrán financiamiento. Segundo, porque con mayor nutrición, educación y salud se construye capital humano, que es una buena forma de invertir los recursos de las industrias extractivas.

Pero el asunto no es técnico, sino político. Esto requiere una reforma de rango constitucional. El Gobierno acaba de radicar una, pero con otro propósito: aumentar las regalías directas que reciben los productores.

¿No es más importante asegurarles a todos los niños y niñas de Colombia su alimentación y atención integral, al tiempo que se consolida la calificación BBB de la nación, antes que duplicar o triplicar las regalías que reciben unos pocos departamentos? Vale la pena que el Congreso le dé un buen debate a lo que acaba de radicar el Gobierno.



Las cosas están cambiando
Adriana La Rotta

Encuentros cercanos

NEW YORK. La historia no avanza en línea recta, y en el caso del movimiento #YoTambién -que representa la protesta y el rechazo contra el acoso sexual a las mujeres- el camino ha sido especialmente culebrero.

Sin duda, el ejemplo más emblemático de ese accidentado camino sigue siendo el de Harvey Weinstein, el poderoso productor de Hollywood cuyo tinglado se derrumbó hace año y medio, cuando décadas de abuso de su posición de poder fueron expuestas por una larga lista de mujeres valientes. Valientes y también cansadas de verlo disfrutar de su gloria y su fortuna con total impunidad.

Lo que siguió a las revelaciones sobre el *modus operandi* de Weinstein fue una catarata de denuncias que evidenció no apenas casos aislados y prominentes, sino un patrón y una historia de abuso. Y que, como estamos viendo ahora, abrió también el camino para el cuestionamiento de una norma socialmente aceptada de invasión del espacio físico y personal de las mujeres.

Como hecho histórico, el movimiento #YoTambién es muy reciente, por lo que cualquier análisis y cualquier opinión -que es el caso de esta columna- son de cierta manera prematuros. Pero el caso emblemático del momento es casi tan revelador como el de Weinstein.

La noticia #YoTambién de la semana involucra al vicepresidente Joe Biden, figura venerada y venerable del Partido Demócrata, a quien le ha surgido una cascada de denuncias de mujeres que lo señalan de haberlas tocado de una manera que las hizo sentir incómodas.

La primera salva en ese ataque fue disparada por Lucy Flores, política también demócrata por el estado de Nevada, quien describió cómo hace cinco años, en un evento público, Biden se acercó a ella, le puso las manos sobre los hombros y le estampó un beso en la nuca. Otras mujeres han empezado a describir eventos igualmente melosos que me da no sé qué repetir. Besos en la nariz, manos que se pasean por la espalda, abrazos un tanto más prolongados de lo que deberían ser.

El antiguo coequipero del presidente Obama ha estado presente en la escena política de Estados Unidos por décadas y es genuinamente adorado por los votantes de centroizquierda. Pero su marca política, que es la calidez e incluye grandes dosis de contacto físico, está diseñada para otros tiempos.

Aunque su posible aspiración a una candidatura para las elecciones del 2020 hace sospechar de un ataque político, creo más bien que Biden es víctima debido a que las cosas están cambiando. Simple y llanamente, lo que hasta hace poco era aceptable ya no lo es más. Si eso lo inhabilita para aspirar a la presidencia de Estados Unidos, es un enigma que pronto se resolverá.

Tuve la oportunidad de ver, a relativa corta distancia, al entonces vicepresidente y soy testigo de su inmenso magnetismo personal. Joe Biden tiene una cualidad de parecer único y extraordinario y, al mismo tiempo, comportarse como cualquier hijo de vecino. Puedo entender cómo alguien se puede sentir especial al ser bañado con su atención y consideración, pero no me cuesta imaginarme que tener invadido el espacio personal por sus muestras de afecto pueda ser indeseable.

Como lo resumió con agudeza la líder demócrata en el Congreso, Nancy Pelosi, lo que importa aquí no son los deseos ni las intenciones de quien traspasa el espacio del otro, sino cómo se siente quien recibe la intrusión. Y aunque estoy segura de que históricamente las mujeres han sido objeto de más manifestaciones físicas de lo que querían, lo nuevo ahora es que la norma social cambió, el umbral se movió un escalón hacia arriba y ya no es tan fácil cruzar esa frontera con impunidad, por más Joe Biden que sea uno.

No pretendo que otros celebren esta nueva curva en el sinuoso camino del #YoTambién, ni puedo garantizar que no se cometan excesos. Pero de todos los momentos posibles para haber nacido mujer, nunca hubo uno mejor que este.



La marca política de Joe Biden, que incluye grandes dosis de contacto físico, está diseñada para otros tiempos

Queremos mejores delincuentes

Lo que me gusta de la trilogía de Batman hecha por Christopher Nolan no es solo que sea oscura, sino el tipo de criminales que tiene. Si miran bien, Ra's al Ghul, el Guasón y Bane representan una clase de delincuente que busca desde su sociopatía cambiar el orden establecido.

Están locos de remate, pero son sus grandes metas las que los llevan a cometer sus delitos. En una escena de *The Dark Knight*, el Guasón quema sin asco una pila de billetes mientras le dice a un colega. "Todo lo que te importa es el dinero; esta ciudad merece mejores criminales".

Pues ciudad Gótica es Colombia y el colega del guasón, nuestros ladrones, que lo único que quieren es plata. La situación quedó en evidencia esta semana con Jenny Ambuila, hija de un funcionario de la Dian que se exhibía de vacaciones por todo y manejando un Porsche y un Lamborghini.

Presumía de estudiar en Harvard, de tomar Moët & Chandon, de relojes Hublot, bolsos Chanel, pulseras Cartier y ropa Moschino y Dolce & Gabbana. No había por ahí algo de Zara ni por error.

Y cayó por extravagante. Acá roban, y no pasa nada porque para caer hay que ser muy bruto o haber robado demasiado, como les pasó a los Nule con Samuel e Iván Moreno.

Jenny Ambuila es la que paga los platos rotos ahora, la Lee Harvey Oswald de nuestra corrupción. Le hemos dado como a moto que no prende por boleta,



El Guasón es el ejemplo
Adolfo Zableh Durán

pero también por ser mujer, negra y pobre, porque, por mucho que gastara, a nuestros ojos sigue siendo un ostentoso pobre.

Como decía alguien en Twitter, cuando alguien sin abolengo es corrupto no se vuelve rico, sino un pobre con plata, mientras que alguien con apellidos que se corrompe sigue siendo de bien y, además, se queda con sus bienes. Y aquí pienso en varios expresidentes, que han salido de sus cargos cuestionados y hasta envueltos en escándalos, pero a la larga libres de cualquier castigo de la justicia.

Para seguir hablando de Lamborghini -que parecen ser una medida de la corrupción que entendemos a la perfección, así no separamos exactamente cuánto cuesta uno-, mientras Jenny Ambuila andaba en uno, a la ex directora del Sena, Andrea Nieto, la sacaron por denunciar una red de corrupción en la entidad que, según ella, saqueó el equivalente a mil Lamborghinis. No es necesario hacer la

multiplicación para que la cifra se antoje aterradora.

Lo que ofende de Ambuila, más allá de que haya robado, es su vulgaridad, que usara la plata para darse la vida que de otra manera no hubiera podido, y que se convirtiera en un lettero ambulante. No puede ser que el fin de quedarse con dineros ajenos sea tener maletas Louis Vuitton marcadas con sus iniciales. Corruptos o no, el mundo está lleno de corronchos marquetos que creen que mientras más cosas finas tengan, más distinguidos van a ser, y ahí caben no solo los famosos y millonarios, sino hasta funcionarios y abogados.

Nuestros dirigentes son tan básicos que están a años luz del Guasón. Son capaces de ir a la cárcel con tal de darse una vida de lujos. No importa que toque desmantelar hospitales, no pavimentar calles, recortar presupuesto de los deportistas y pagar miserias a policías y profesores con tal de tener buenos carros y ropa de marca, apartamento en Miami y finca en tierra caliente.

Mueren por tener escoltas que les abran la puerta y les digan "doctor", comer en restaurantes de Harry Sasson e ir al club a tomar Sello Azul en el sauna porque si toman Sello Negro, se les pela la garganta. Más frívolos, imposibles. Si no podemos tener mejores gobernantes, al menos exijamos mejores delincuentes.

No me imagino cómo será vivir como ellos, como Ambuila. Una vez estuve en un paseo con gente a la que el ron Zacapa normal parecía poca cosa y solo tomaba XO. Nunca me sentí tan miserable.